

Galatea, dijo Damon, del descuido de Grisaldo, y atrevimiento de Artandro, y mudable condicion de Rosaura, temo que han de nacer algunas pesadumbres y diferencias. Eso fuera, respondió Galatea, cuando Artandro residiera en Castilla; pero si él se encierra en Aragon, que es su patria, quedarse ha Grisaldo con solo el deseo de vengarse. ¿No hay quien le pueda avisar deste agravio? dijo Elicio. Sí, respondió Florisa, que yo aseguro que antes que la noche llegue, él tenga del noticia. Si eso así fuese, respondió Damon, podría ser cobrar su prenda antes que á Aragon llegasen; porque un pecho enamorado no suele ser perezoso. No creo yo que lo será el de Grisaldo, dijo Florisa; y porque no le falte tiempo y ocasion para mostrarlo, suplicote, Galatea, que á la aldea nos volvamos, porque yo quiero enviar á avisar á Grisaldo de su desdicha. Hágase como lo mandas, amiga, respondió Galatea, que yo te daré un pastor que lleve la nueva: y con esto se querian despedir de Damon y de Elicio, si ellos no porfiaran á querer ir con ellas: y ya que se encaminaban al aldea, á su mano derecha sintieron la zampoña de Erastro, que luego de todos fué conocida, el cual venia en seguimiento de su amigo Elicio. Paráronse á escucharlo, y oyeron que con muestras de tierno dolor esto venia cantando.

ERASTRO.

Por ásperos caminos voy siguiendo
El fin dudoso de mi fantasía,
Siempre en cerrada noche, oscura y fría,
Las fuerzas de la vida consumiéndolo.
Y aunque morir me veo, no pretendo
Salir un paso de la estrecha vía,
Que en fe de la alta fe sin igual mía
Mayores miedos contrastar entiendo.
Mi fe es la luz que me señala el puerto
Seguro á mi tormenta, y sola es ella
Quien promete buen fin á mi viaje,
Por mas que el medio se me muestre incierto,
Por mas que el claro rayo de mi estrella
Me encubra amor, y el cielo mas me ultraje.

Con un profundo suspiro acabó el enamorado canto el lastimado pastor, y creyendo que ninguno le oia, soltó la voz á semejantes razones: Amor, cuya poderosa fuerza, sin hacer ninguna á mi alma, fué parte para que yo la tuviese de tener tan bien ocupados mis pensamientos, ya que tanto bien me hiciste, no quieras mostrarte agora, haciéndome el mal que me amenazas; que es mas mudable tu condicion, que la de la variable fortuna: mira, señor, cuán obediente he estado á tus leyes, cuán pronto á seguir tus mandamientos, y cuán sujeta he tenido mi voluntad á la tuya; págame esta obediencia con hacer lo que á tí tanto importa que hagas: no permitas que estas riberas nuestras queden desamparadas de aquella hermosura que la popia y la daba á sus frescas y menudas yerbas, á sus humildes plantas y levantados árboles: no consientas, señor, que al claro Tajo se le quite la prenda que le enriquece, y por quien él tiene mas fama, que no por las arenas de oro que en su seno cria: no quites á los pastores destes prados la luz de sus ojos, la gloria de sus pensamientos, y el honroso estímulo que á mil honrosas y virtuosas empresas los incitaba: considera bien, que si desta á la ajena tierra consientes que Galatea sea llevada, que te despojas del dominio que en estas riberas tienes; pues por Galatea sola le usas, y si ella falta, ten por averiguado que no serás en todos estos prados conocido, que todos cuantos en ellos habitan te negarán la obediencia, y no te acudirán con el usado tributo: advierte que lo que te suplico es tan

conforme y llegado á razon, que irias de todo en todo fuera della, si no me lo concedieses; porque ¿qué ley ordena, ó qué razon consiente, que la hermosura que nosotros criamos, la discrecion que en estas selvas y aldeas nuestras tuvo principio, el donaire por particular don del cielo á nuestra patria concedido, agora que esperamos coger el honesto fruto de tantos bienes y riquezas, se haya de llevar á extraños reinos á ser poseido y tratado de ajenas y no conocidas manos? No quiera el cielo piadoso hacernos tan notable daño. ¡Oh verdes prados, que con su vista os alegráades! ¡Oh flores olorosas, que de sus piés tocadas, de mayor fragancia érades llenas! ¡Oh plantas, oh árboles desta deteiosa selva! haced todos en la mejor forma que pudiéredes, aunque á vuestra naturaleza no se conceda, algun género de sentimiento que mueva al cielo á concederme lo que le suplico. Decia esto derramando tantas lágrimas el enamorado pastor, que no pudo Galatea disimular las suyas, ni ménos ninguno de los que con ella iban, haciendo todos un tan notable sentimiento, como si lloraran las obsequias de su muerte. Llegó á este punto á ellos Erastro, á quien recibieron con agradable comedimiento; el cual, como vió á Galatea con señales de haberle acompañado en las lágrimas, sin apartar los ojos della, la estubo atento mirando por un rato al cabo del cual dijo: Agora acabo de conocer, Galatea, que ninguno de los humanos se escapa de los golpes de la variable fortuna, pues tú, de quien yo entendia que por particular privilegio habias de estar exenta dellos, veo que con mayor impetu te acometen y fatigan: de donde averiguo, que ha querido el cielo con un solo golpe lastimar á todos los que te conocen, y á todos los que del valor tuyo tienen alguna noticia; pero con todo eso tengo esperanza que no se ha de extender tanto su rigor, que lleve adelante la comenzada desgracia, viniendo tan en perjuicio de tu contento. Antes por esa mesma razon, respondió Galatea, estoy yo ménos segura de mi desdicha, pues jamas la tuve en lo que desease; mas porque no está bien á la honestidad de que me precio, que tan á la clara descubra cuán por los cabellos me lleva tras sí la obediencia que á mis padres debo, ruegote, Erastro, que no me des ocasion de renovar mi sentimiento, ni de tí, ni de otro alguno se trate cosa que antes de tiempo despierte en mi la memoria del disgusto que temo; y con esto asimesmo os ruego, pastores, me deis adelantar á la aldea, porque siendo avisado Grisaldo, le quede tiempo para satisfacerse del agravio que Artandro le ha hecho. Ignorante estaba Erastro del suceso de Artandro; pero la pastora Florisa en breves razones se lo contó todo, de que se maravilló Erastro, estimando que no debía de ser poco el valor de Artandro, pues á tan dificultosa empresa se habia puesto. Querian ya los pastores hacer lo que Galatea les mandaba, si en aquella sazón no descubrieran toda la compañía de caballeros, pastores y damas que la noche antes en la ermita de Silerio se quedaron; los cuales en señal de grandísimo contento á la aldea se venian, y trayendo consigo á Silerio con diferente traje y gusto de lo que hasta allí habia tenido, porque ya habia dejado el de ermitaño, mudándole en el de alegre desposado, como ya lo era de la hermosa Blanca con igual contento y satisfacion de entrambos, y de sus buenos amigos Timbrio y Nisida, que se lo persuadieron, dando con aquel casamiento fin á todas sus miserias, y quietud y reposo á

los pensamientos que por Nisida le fatigaban: y así con el regocijo que tal suceso les causaba, venían todos dando muestras dél, con agradable música y discretas y amorosas canciones, de las cuales cesaron cuando vieron á Galatea y á los demas que con ella estaban, recibiendo unos á otros con mucho placer y comedimiento, dándole Galatea á Silerio el parabien de su suceso, y á la hermosa Blanca el de su desposorio, y lo mesmo hicieron los pastores Damon, Elicio y Erastro, que en extremo á Silerio estaban aficionados. Luego que cesaron entre ellos los parabienes y cortesias, acordaron de proseguir su camino al aldea; y para entretenerle, rogó Tirsi á Timbrio que acabase el soneto que habia comenzado á decir, cuando de Silerio fué conocido. Y no excusándose Timbrio de hacerlo, al son de la flauta del celoso Orfenio, con extremada y suave voz le cantó y acabó, que era este.

TIMBRIO.

Tan bien fundada tengo la esperanza,
Que aunque mas sople riguroso viento,
No podrá desdecir de su cimiento:
Tal fe, tal fuerza y tal valor alcanza.
Tan lejos voy de consentir mudanza
En mi firme amoroso pensamiento,
Cuan cerca de acabar en mi tormento
Antes la vida, que la confianza.
Que si al contraste del amor vacila
El pecho enamorado, no merece
Del mesmo amor la dulce paz tranquila:
Por esto el mio, que su fe engrandece,
Rabie Caribdis ó amenace Cila,
Al mar se arroja, y al amor se ofrece.

Pareció bien el soneto de Timbrio á los pastores, y no ménos la gracia con que cantado le habia, y fué de manera que le rogaron que alguna otra cosa dijese; mas excusóse con decir á su amigo Silerio respondiese por él en aquella causa, como lo habia hecho siempre en otras mas peligrosas. No pudo Silerio dejar de hacer lo que su amigo le mandaba: y así, con el gusto de verse en tan felice estado, al son de la mesma flauta de Orfenio cantó lo que sigue.

SILERIO.

Gracias al cielo doy, pues he escapado
De los peligros deste mar incierto,
Y al recogido favorable puerto
Tan sin saber por dónde he ya llegado.
Recójase las velas del cuidado,
Repárese el navio pobre abierto,
Cumpla los votos quien con rostro muerto
Hizo promesas en el mar airado.
Beso la tierra, reverencia al cielo,
Mi suerte abrazo mejorada y buena,
Llamo dichoso á mi fatal destino.
Y á la nueva sin par blanda cadena
Con nuevo intento y amoroso celo
El lastimado cuello alegre inclino.

Acabó Silerio, y rogó á Nisida fuese servida de alegrar aquellos campos con su canto; la cual mirando á su querido Timbrio, con los ojos le pidió licencia para cumplir lo que Silerio le pedia, y dándosela él ansimesmo con la vista, ella sin mas esperar, con mucho donaire y gracia, cesando el son de la flauta de Orfenio, al de la zampoña de Orompo cantó este soneto.

NISIDA.

Voy contra la opinion de aquel que jura,
Que jamas del amor llegó el contento
A do llega el rigor de su tormento,
Por mas que el bien ayude la ventura.
Yo sé que es bien, yo sé que es desventura,
Y sé de sus efectos claro, y siento
Que cuanto mas destruye el pensamiento
El mal de amor, el bien mas lo asegura.
No el verme en brazos de la amarga muerte
Por la mal referida triste nueva,
Ni á los cosarios bárbaros rendida,
Fué dura pena, fué dolor tan fuerte,

Que agora no conozca y haga prueba
Que es mas el gusto de mi alegre vida.

Admiradas quedaron Galatea y Florisa de la extremada voz de la hermosa Nisida, la cual por parecerle que por entónces en cantar Timbrio y los de su parte habian tomado la mano, no quiso que su hermana quedase sin hacerlo; y así sin importunarle mucho, con no ménos gracia que Nisida, haciendo señal á Orfenio que su flauta tocase, al son della cantó desta manera.

BLANCA.

Cual si estuviéra en la arenosa Libia,
O en la apartada Cítia siempre helada,
Tal vez del frio temor me vi asaltada,
Y tal del fuego que jamas se entibia;
Mas la esperanza que el dolor alivia
En uno y otro extremo disfrazada,
Tuvo la vida en su poder guardada,
Cuándo con fuerzas, cuándo flaca y tibia.
Pasó la furia del invierno helado,
Y aunque el fuego de amor quedó en su punto,
Llegó la deseada primavera,
Donde en un solo venturoso punto
Gozo del dulce fruto deseado
Con largas pruebas de una fe sincera.

No ménos contentó á los pastores la voz y lo que cantó Blanca, que todas las demas que habian oido. Y ya que ellos querian dar muestras de que no toda la habilidad se encerraba en los cortesanos caballeros, y para esto casi de un mesmo pensamiento movidos Orompo, Crisio, Orfenio y Marsilio comenzaban á templar sus instrumentos, les forzó á volver las cabezas un ruido que á sus espaldas sintieron, el cual causaba un pastor, que con furia iba atravesando por las matas del verde bosque, el cual fué de todos conocido, que era el enamorado Lauso, de que se maravilló Tirsi, porque la noche antes se habia despedido dél, diciendo que iba á un negocio que importaba el acabarle acabar su pesar y comenzar su gusto; y que sin decirle mas, con otro pastor su amigo se habia partido, y que no sabia qué podia haberle sucedido agora que con tanta prisa caminaba. Lo que Tirsi dijo movió á querer llamar á Lauso, y así le dió voces que viniese; mas viendo que no las oia, y que ya á mas andar iba trasponiendo un recuesto, con toda lijereza se adelantó, y desde encima de otro collado le tornó á llamar con mayores voces. Las cuales oidas por Lauso, y conociendo quien le llamaba, no pudo dejar de volver, y en llegando á Damon le abrazó con señales de extraño contento, tanto que admiraron á Damon las muestras que de estar alegre daba, y así le dijo: ¿Qué es esto, amigo Lauso? ¿Has por ventura alcanzado el fin de tus deseos, ó hanté desde ayer acá correspondido á ellos de manera, que halles con facilidad lo que pretendes? Mucho mayor es el bien que traigo, Damon, verdadero amigo, respondió Lauso; pues la causa que á otros suele ser de desesperacion y muerte, á mí me ha servido de esperanza y vida, y esta ha sido de un desden y desengaño acompañado de un melindroso donaire que en mi pastora he visto, que me ha restituido á mi sér primero. Ya, ya, pastor, no siente mi trabajado cuello el pesado yugo amoroso, ya se han deshecho en mi sentido las encumbradas máquinas de pensamientos que desvanecido me traian, ya tornaré á la perdida conversacion de mis amigos, ya me parecerán lo que son las verdes yerbas y olorosas flores destes apacibles campos, ya tendrán treguas mis suspiros, vado mis lágrimas y quietud mis desasosiegos; porque consideres, Damon, si es causa esta bastante para mostrarme alegre y regocijado. Sí es, Lau-

so, respondió Damon; pero temo que alegría tan repentinamente nacida, no ha de ser duradera, y tengo ya experiencia que todas las libertades que de desdenes son engendradas, se deshacen como el humo, y torna luego la enamorada intencion con mayor priesa á seguir sus intentos. Así que, amigo Lauso, plégue al cielo que sea mas firme tu contento de lo que yo imagino, y goces largos tiempos la libertad que pregonas; que no solo me holgaría por lo que debo á nuestra amistad, sino por ver un no acostumbrado milagro en los deseos amorosos. Como quiera que sea, Damon, respondió Lauso, yo me siento agora libre y señor de mi voluntad; y porque se satisfaga la tuya de ser verdad lo que digo, mira qué quieres que haga en prueba dello: ¿quieres que me ausente? quieres que no visite mas las cabañas donde imaginas que puede estar la causa de mis pasadas penas y presentes alegrías? cualquiera cosa haré por satisfacer. La importancia está en que tú, Lauso, estés satisfecho, respondió Damon, y veré yo que lo estás cuando de aquí á seis dias te vea en ese mismo propósito: y por agora no quiero otra cosa de tí, sino que dejes el camino que llevabas, y te vengas conmigo adonde todos aquellos pastores y damas nos esperan, y que la alegría que traes, la solemnicen con entretenernos con tu canto mientras que al aldea llegamos. Fué contento Lauso de hacer lo que Damon le mandaba, y así volvió con él á tiempo que Tirsi estaba haciendo señas á Damon, que se volviese; y en llegando que él y Lauso llegaron, sin gastar palabras de comedimiento, Lauso dijo: No vengo, señores, para ménos que para fiestas y contentos: por eso si le recibiereis de escucharme, suene Marsilio su zampoña, y aparejados á oír lo que jamas pensé que mi lengua tuviera ocasion de decirlo, ni aun mi pensamiento para imaginarlo. Todos los pastores respondieron á una, que les sería de gran gusto el oírle. Y luego Marsilio con el deseo que tenia de escucharle, tocó su zampoña, al son de la cual Lauso comenzó á cantar desta manera.

LAUSO.

Con las rodillas en el suelo hincadas,
Las manos en humilde modo puestas,
Y el corazón de un justo celo lleno,
Te adoro, desden santo, en quien cifradas
Están las causas de las dulces fiestas
Que gozo en tiempo sosegado y bueno:
Tú del rigor del áspero veneno,
Que el mal de amor encierra,
Fuiste la cierta y presta medicina;
Tú mi total ruina
Volviste en bien, en sana paz mi guerra;
Y así como á mi rico almo tesoro
No una vez sola, mas cien mil te adoro.

Por ti la luz de mis cansados ojos,
Tanto tiempo turbada y aun perdida,
Al ser primero ha vuelto que tenia:
Por ti torno á gozar de los despojos,
Que de mi voluntad y de mi vida
Llevó de amor la antigua tiranía:
Por ti la noche de mi error en día
De sereno discurso
Se ha vuelto, y la razon que ántes estaba
En posesion de esclava,
Con sosegado y advertido curso,
Siendo agora señora, me conduce
Do el bien eterno mas se muestra y luce.

Mostráteme, desden, cuán engañosas,
Cuán falsas y fingidas habían sido
Las señales de amor que me mostraban,
Y que aquellas palabras amorosas
Que tanto regalaban el oído,
Y el alma de sí mesma enajenaban,
En falsedad y burla se forjaban,
Y el regalado y tierno
Mirar de aquellos ojos solo era

Porque mi primavera
Se convirtiese en desabrido invierno
Cuando llegase el claro desengaño;
Mas tú, dulce desden, curaste el daño.

Desden, que suele ser espuela aguda
Que hace caminar al pensamiento
Tras la amorosa deseada empresa,
En mí tu efeto y condicion se muda,
Que yo por tí me aparto del intento
Tras quien corria con no vista priesa:
Y aunque continuo el fiero amor no cesa
Mal de mi satisfecho
Tender de nuevo el lazo por cogermé,
Y por mas ofenderme
Encarrar mil saetas á mi pecho:
Tú, desden, solo, solo tú, bien puedes
Romper sus flechas, y rasgar sus redes.

No era mi amor tan flaco, aunque sencillo,
Que pudiera un desden echarle á tierra:
Cien mil han sido menester primero;
Que fué cual suele sin poder sufrillo
Venir al suelo el pino, que le atierra
En virtud de otros golpes el postrero:
Grave desden, dé parecer severo
En desamor fundado
Y en poca estimacion de ajena suerte,
Dulce me ha sido el verte,
El berte y tocarte, y que gustado
Hayas sido del alma, en coyuntura
Que derribas y acabas mi locura.

Derribas mi locura, y das la mano
Al ingenio, desden, que se levante,
Y sacuda de sí el pesado sueño,
Para que con mejor intento sano
Nuevas grandezas, nuevos loores cante
De otros, si le halla agradecido dueño:
Tú has quitado las fuerzas al beleño
Con que el amor ingrato
Adormecia á mi virtud doliente,
Y con la tuya ardiente
Soy reducido á nueva vida y trato:
Que ahora entiendo que yo soy quien puedo
Temer con tasa, y esperar sin miedo.

No cantó mas Lauso, aunque bastó lo que cantado habia para poner admiracion en los presentes, que como todos sabian que el día ántes estaba tan enamorado y tan contento de estarlo, maravillábalos verle en tan pequeño espacio de tiempo tan mudado y tan otro del que solia. Y considerado bien esto, su amigo Tirsi le dijo: No sé si te dé el parabien, amigo Lauso, del bien en tan breves horas alcanzado, porque temo que no debe de ser tan firme y seguro como tú imaginas; pero todavía me huelgo de que goces, aunque sea pequeño espacio, del gusto que acarrea al alma la libertad alcanzada, pues podría ser que conociendo agora en lo que se debe estimar, aunque tornases de nuevo á las rotas cadenas y lazos, hicieses mas fuerza para romperlos, atraído de la dulzura y regalo que goza un libre entendimiento y una voluntad desapasionada. No tengas temor alguno, discreto Tirsi, respondió Lauso, que ninguna otra nueva asechanza sea bastante á que yo torne á poner los piés en el cepo amoroso, ni me tengas por tan liviano y antojadizo, que no me haya costado ponerme en el estado en que estoy infinitas consideraciones, mil averiguadas sospechas, y mil cumplidas promesas hechas al cielo por que á la perdida luz me tornase; y pues en ella veo agora cuán poco ántes veía, yo procuraré conservarla en el mejor modo que pudiere. Ninguno otro será tan bueno, dijo Tirsi, como no volver á mirar lo que atras dejas, porque perderás, si vuelves, la libertad que tanto te ha costado, y quedarás cual quedó aquel incauto amante, con nuevas ocasiones de perpetuo llanto; y ten por cierto, Lauso amigo, que no hay tan enamorado pecho en el mundo, á quien los desdenes y arrogancias excusadas no entibien, y aun le hagan retirar de sus mal colocados pensamientos; y háceme creer mas esta verdad saber yo quién es Silena, aunque tú jamas no me lo has dicho,

y saber aui mismo la mudable condicion suya, sus acelerados impetus, y la llaneza, por no darle otro nombre, de sus deseos: cosas que, á no templarlas y disfrazarlas con la sin igual hermosura de que el cielo la ha dotado, fuera por ellas de todo el mundo aborrecida. Verdad dices, Tirsi, respondió Lauso, porque sin duda alguna la singular belleza suya, y las aparencias de la incomparable honestidad de que se arrea, son partes para que no solo sea querida, sino adorada de todos cuantos la miraren; y así no debe maravillarse alguno que la libre voluntad mia se haya rendido á tan fuertes y poderosos contrarios: solo es justo que se maraville de cómo me he podido escapar dellos, que puesto que salgo de sus manos tan mal tratado, estragada la voluntad, turbado el entendimiento, descaecida la memoria, todavía me parece que puedo triunfar de la batalla. No pasaron mas adelante en su plática los dos pastores, porque á este punto vieron que por el mismo camino que ellos iban, venía una hermosa pastora, y poco desviado della un pastor, que luego fué conocido, que era el anciano Arsindo, y la pastora era la hermana de Galercio, Maurisa. La cual como fué conocida de Galatea y de Florisa, entendieron que con algun recaudo de Grisaldo para Rosaura venía, y adelantándose las dos á recibirla, Maurisa llegó á abrazar á Galatea, y el anciano Arsindo saludó á todos los pastores, y abrazó á su amigo Lauso, el cual estaba con grande deseo de saber lo que Arsindo habia hecho despues que le dijeron que en seguimiento de Maurisa se habia partido. Y viéndole agora volver con ella, luego comenzó á perder con él y con todos el crédito que sus blancas canas le habian adquirido, y aun le acabara de perder, si los que allí venian no supieran tan de experiencia adónde y á cuánto la fuerza del amor se extendia, y así en los mismos que le culpaban halló la disculpa de su yerro. Y parece que adivinando Arsindo lo que los pastores del adivinaban, como en satisfacion y disculpa de su cuidado, les dijo: Oid, pastores, uno de los mas extraños sucesos amorosos, que por largos años en estas nuestras riberas, ni en las ajenas se habrá visto. Bien creo que conoceis, y conoceréis todos al nombrado pastor Lenio, aquel cuya desamorada condicion le adquirió renombre de desamorado: aquel que no ha muchos dias que por solo decir mal de amor, osó tomar competencia con el famoso Tirsi, que está presente: aquel, digo, que jamas supo mover la lengua, que para decir mal de amor no fuese: aquel que con tantas véras reprehendia á los que de la amorosa dolencia veia lastimados. Este pues tan declarado enemigo del amor, ha venido á término que tengo por cierto, que no tiene el amor quien con mas véras le siga, ni aun él tiene vasallo á quien mas persiga, porque le ha hecho enamorar de la desamorada Gelasia, aquella cruel pastora que al hermano desta, señalando á Maurisa, que tanto en la condicion se le parece, tuvo el otro día, como vistes, con el cordel á la garganta, para fenecer á manos de su crueldad sus cortos y mal logrados dias. Digo en fin, pastores, que Lenio el desamorado muere por la endurecida Gelasia, y por ella llena el aire de suspiros y la tierra de lágrimas; y lo que hay mas malo en esto es, que me parece que el amor ha querido vengarse del rebelde corazón de Lenio, rindiéndole á la mas dura y esquiva pastora que se ha visto; y conociéndolo él, procura agora en cuanto dice y hace reconciliarse con el amor; y por

los mismos términos que ántes le vituperaba, agora le ensalza y honra; y con todo esto, ni el amor se mueve á favorecerle, ni Gelasia se inclina á remediarle, como lo he visto por los ojos; pues no ha muchas horas que viniendo yo en compañía desta pastora, le hallamos en la fuente de las Pizarras tendido en el suelo, cubierto el rostro de sudor frio, y anhelando el pecho con una extraña priesa: lleguéme á él, y conocíle, y con el agua de la fuente le roció el rostro, con que cobró los perdidos espíritus; y juntándome junto á él le pregunté la causa de su dolor, la cual él me dijo sin faltar punto, contándomela con tan tierno sentimiento, que le puso en esta pastora, en quien creo que jamas cupo señal de compasión alguna: encarecíome la crueldad de Gelasia, y el amor que le tenia, y la sospecha que en él reinaba de que el amor le habia traído á tal estado por vengarse en un solo punto de las muchas ofensas que le habia hecho. Consoléle yo lo mejor que supe, y dejándole libre del pasado parasismo, vengo acompañando á esta pastora, y á buscarte á tí, Lauso, para que si fueres servido, volvamos á nuestras cabañas; pues ha ya diez dias que dellas nos partimos, y podrá ser que nuestros ganados sientan el ausencia nuestra, mas que nosotros la suya. No sé si te responda, Arsindo, respondió Lauso, que creo que mas por cumplimiento que por otra cosa me convidas á que á nuestras cabañas nos volvamos, teniendo tanto que hacer en las ajenas, cuanto la ausencia que de mí has hecho estos dias, lo ha mostrado. Pero dejando lo mas que en esto te pudiera decir, para mejor sazon y coyuntura, tórname á decir si es verdad lo que de Lenio dices, porque si es así podré yo afirmar que ha hecho amor en estos dias dos de los mayores milagros, que en todos los de su vida ha hecho: como son, rendir y avasallar el duro corazón de Lenio, y poner en libertad el tan sujeto mio. Mira lo que dices, dijo entónces Orompo, amigo Lauso, que si el amor te tenia sujeto, como hasta aquí has significado, ¿cómo el mismo amor agora te ha puesto en la libertad que publicas? Si me quieres entender, Orompo, replicó Lauso, verás que en nada me contradigo, porque digo, ó quiero decir, que el amor que reinaba y reina en el pecho de aquella á quien yo tan en extremo queria, como se encamina á diferente intento que el mio, puesto que todo es amor, el efeto que en mí ha hecho, es ponerme en libertad, y á Lenio en servidumbre; y no me hagas, Orompo, que cuente con estos otros milagros: y diciendo esto, volvió los ojos á mirar al anciano Arsindo, y con ellos dijo lo que con la lengua callaba; porque todos entendieron que el tercero milagro que pudiera contar, fuera ver enamoradas las canas de Arsindo de los pocos y verdes años de Maurisa. La cual todo este tiempo estuvo hablando aparte con Galatea y Florisa, diciéndoles como otro día sería Grisaldo en el aldea en hábito de pastor, y que allí pensaba desposarse con Rosaura en secreto, porque en público no podia, á causa que los parientes de Leopersia, con quien su padre tenia concertado de casarle, habian sabido que Grisaldo queria faltar en la prometida palabra, y en ninguna manera querian que tal agravio se les hiciese; pero que con todo eso estaba Grisaldo determinado de corresponder ántes á lo que á Rosaura debía, que no á la obligacion en que á su padre estaba. Todo esto que os he dicho, pastoras, prosiguió Maurisa, mi hermano Galercio me dijo que os lo dijese, el cual á vosotras con este

recaudo venía; pero la cruel Gelasia, cuya hermosa lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano, fué la causa que él no pudiese venir á decirlo lo que le dicho, pues por seguir á ella, dejó de seguir el camino que traía, fiándose de mí, como de hermana. Ya habeis entendido, pastoras, á lo que vengo: ¿dónde está Rosaura para decirselo? ó decidsele vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aquí me detenga. En tanto que la pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que habian de llegar á los oídos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no excusaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que á Rosaura habia sucedido, y cómo Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa; y al instante quisiera dar la vuelta á avisar á Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntándole qué se habian hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habian ido. A lo que respondió Maurisa: Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura; pero el tiempo no me da lugar á ello: solo te digo que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro por el mas sutil engaño que jamas se ha visto, y Teolinda la otra está en término de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto á la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañía: cosa que es á Galercio tan pesada y enojosa, cuanto le es dulce y agradable la compañía de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas despacio, cuando otra vez nos veamos, porque no será razon que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque si no ha mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haber alejado tanto destas riberas, que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla, y mas si yo agujio los piés como pienso. Parecióle bien á Galatea lo que Maurisa decia, y así no quiso mas detenerla: solo le rogó que fuese servida de tornarla á ver lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que habia en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió á su aldea, dejando á todos satisfechos de su donaire y hermosura. Pero quien mas sintió su partida fué el anciano Arsindo, el cual por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las pastoras suspensas de lo que de Teolinda habian oido, y en extremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenían un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio; y habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, y se encaminaron hácia otro que allí junto estaba, donde subidos de nuevo tornaron á tocarla: á cuyo son, de diferentes partes se comenzaron á mover muchos pastores, para venir á ver lo que Telesio quería, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando que-

ria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo pues Aurelio, y casi los mas pastores que allí venían, conocida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba, y cuando llegaron, ya se habian juntado. Pero como Telesio vió venir tantas gentes, y conoció cuán principales todos eran, bajando de la cuesta los fué á recibir con mucho amor y cortesía, y con la mesma fué de todos recibido. Y llegándose Aurelio á Telesio, le dijo: Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destes prados. ¿Es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos? ¿Quiéresnos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Páguenos el cielo, pastores, respondió Telesio; la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que tenéis de saber lo que quiero, quiérossos traer á la memoria la que debéis tener perpetuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana, en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo ménos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la acuerdo, y os advierto que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fué perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso: por lo que á la bondad suya debéis, y por lo que á la intencion que tengo de servirlos estáis obligados, os ruego, pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los Cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios, procuremos alijerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado. Y diciendo esto con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, su venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los mas de los circunstantes, los cuales todos de una misma conformidad se ofrecieron de acudir otro dia adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, por parecerles que no sería bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino del aldea. Mas no se habian apartado mucho de aquel lugar, cuando vieron venir hácia ellos al desamorado Lenio con semblante tan triste y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan trasportado en sus imaginaciones venía, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese, ántes torciendo el camino á la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, cuando se arrojó al pié de un verde sauce, y dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano, y poniéndola por el

collar del pellico, tiró tan recio que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurrón del lado, y sacando dél un pulido rabel, con grande atencion y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz comenzó á cantar de manera, que forzó á todos los que le habian visto, á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fué este.

LENIO.

Dulce amor, ya me arrepiento
De mis pasadas porfias,
Ya de hoy mas confieso y siento
Que fué sobre burferias
Levantado su cimientó,
Ya el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo y rendido
Al yugo de tu obediencia,
Ya conozco la potencia
De tu valor extendido.
Sé que puedes cuanto queres
Y que queres lo imposible,
Sé que muestras bien quien eres
En tu condicion terrible,
En tus penas y placeres:
Y sé en fin que yo soy quien
Tuvo siempre á mal tu bien,
Tu engaño por desengaño,
Tus certezas por engaño,
Por caricias tu desden.
Estas cosas bien sabidas
Han agora descubierta
En mis entrañas rendidas
Que tu solo eres el puerto
Do descansan nuestras vidas:
Tú la implacable tormenta
Que al alma mas atormenta
Vuelves en serena calma:
Tú eres gusto y luz del alma,
Y manjar que la sustenta.
Pues esto juzgo y confieso,
Aunque tarde vengo en ello,
Templa tu rigor y exceso,
Amor, y del flaco cuello
Alijera un poco el peso:
Al ya rendido enemigo
No se ha de dar el castigo
Como aquel que se deliende,
Cuanto mas que aqui se ofende
Quien ya quiere ser tu amigo.
Salgo de la pertinacia,
Do me tuvo mi malicia,
Y el estar en tu desgracia,
Y apelo de tu justicia
Ante el rostro de tu gracia:
Que si á mí poco valor
No le quitata el favor
De tu gracia conocida,
Presto dejaré la vida
En las manos del dolor.
Las de Gelasia me han puesto
En tan extraña agonía,
Que si mas porfia en esto,
Mi dolor y su porfia,
Sé que acabarán bien presto.
Oh dura Gelasia, esquivá,
Zahareña, dura, altiva!
¿Por que gustas, di, pastora,
Que el corazon que te adora
En tantos tormentos viva?

Poco fué lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fué tanto, que allí quedara deshecho en lágrimas, si los pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos á Tirsi, sin mas detenerse se levantó, y se fué á arrojarse á sus piés, abrazándole estrechamente las rodillas, y sin dejar las lágrimas, le dijo: Agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponia: agora digo que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener el amor por universal señor del mundo; pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Había ya Tirsi levantado del

suelo al lastimado Lenio, y teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciéndole: La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asimesmo una de las principales causas que mueve y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condicion le tira y compele á que lo haga, quedando mas rico y satisfecho con el perdon, que con la venganza: como se ve esto á cada paso en los grandes señores y reyes, que mas gloria granjean en perdonar las injurias que en vengarlas: y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces agora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro, que el generoso y blando amor te reducirá presto á sosegada y amorosa vida; que si agora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo porque le conozcas, y porque despues tengas y estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demas pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo mas consolado. Y luego les contó como moria por la cruel pastora Gelasia, exagerándole la esquiva y desamorada condicion suya, y cuán libre y exenta estaba de pensar en ningun efeto amoroso: encareciéndoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecia, de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le habia puesto en términos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo á Lenio, y sin sucederles otra cosa llegaron al aldea, llevándose consigo Elicio á Tirsi, Damon, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con su padre Aurelio, quedando primero concertado, que otro dia al salir del alba se juntasen para ir al valle de los Cipreses, como Telesio les habia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

LIBRO SEXTO.

APÉNAS habian los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la mas baja línea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar á los oídos de todos los que en el aldea estaban el lastimero son de su bocina, señal que movió á los que le escucharon á dejar el reposo de los pastorales lechos, y acudir á lo que Telesio pedía. Pero los primeros, que en esto tomaron la mano, fueron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca, y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que á ellos se juntaron, y al número de treinta llegarían. Entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo

milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria, la cual llevaba consigo á la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecia. Había venido Belisa á visitar á Silveria, y darle el parabien del nuevo recibido estado, y quiso ansimesmo hallarse en tan célebres obsequias, como esperaba serian las que tantos y tan famosos pastores celebraban. Salieron pues todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron á Telesio, con otros muchos pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera, que bien mostraban que para triste y lamentable negocio habian sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones mas puras y pensamientos mas